

Un cuadro de Pedro Olmos

(Obsequio del pintor para la Pinacoteca
de la Universidad de Concepción)

ANTONIO FERNANDEZ VILCHES*

El 67º aniversario de la Universidad de Concepción, celebrado el 14 de mayo, tuvo una hermosa víspera en un no menos hermoso marco: la Sala Universitaria de Exposiciones. En ese recinto cultural, al anochecer del día 13, el destacado pintor chileno Pedro Olmos Muñoz, acompañado de su esposa Emma Jauch, poetisa y también pintora, obsequió en emotiva ceremonia el óleo que reproducimos, y que lleva por título el de nuestro baile nacional: *La cueca*.

La alegría del momento del cumpleaños universitario puede por analogía traducirse en aquella que surge y cobra vida en los personajes típicos del cuadro obsequiado a nuestra casa de estudios. La moza de cuidadas trenzas y juvenil prestancia centra el ritmo del baile popular con un brío ágil, gracioso, entusiasta y sin malicia, expresando así ese desborde de entusiasmo femenino orgulloso del bailar bien, con espontaneidad y elástica energía. En los rostros está presente el diálogo que surge del aspecto dionisíaco del baile; mas, en la joven está plásticamente tácita esa tranquilidad que equilibra la fiesta, al abrirse paso con elegante soltura y vivacidad despierta.

Pedro Olmos, a quien los lectores habituales de *ATENEA* conocen por

*Dr. en Historia en la Universidad Complutense de Madrid, España. Director de la Pinacoteca de la Casa del Arte de la Universidad de Concepción.



El cuadro "La cueca" es una pintura de grandes dimensiones: 1,14 x 0,84,3 m. El óleo de intensos colores se destaca en las salas de exposiciones.

sus dibujos y viñetas, muestra una vez más en esta obra su personalidad singular.

Es esta personalidad tan suya proyectada en sus obras, el elemento estilístico que permite, a primera vista, identificar sus pinturas, inconfundibles, tanto por el tratamiento vigoroso de las figuras y por su colorido optimista como por el dominio cabal de una temática nacida de su hondo sentido de chilenidad, que expresa significando lo popular.

A lo largo de una incansable y dilatada trayectoria, ha demostrado un depurado oficio que se traduce en una concepción plástica en la cual predomina la pintura sobre el dibujo, ya que éste —en el que Pedro Olmos es un maestro— se mantiene en el justo medio, vale decir, sirve de sostén sólido y sobrio de lo pintado al prescindir de lo trivial que constituye lo anecdótico, lo adjetivamente superfluo. Estas características, más el tratamiento de luces y sombras en conjunción con una síntesis geométrica de los volúmenes, otorga al estilo del pintor ese vigor que se acentúa en un bien entendido costumbrismo.

Conocedor de Chile, de los chilenos y de aquello que es aún más difícil, de 'lo chileno', Pedro Olmos nos entrega en sus obras —como ningún otro pintor— visiones no sólo de los personajes típicos populares, de rincones, de fiestas, sino que dentro del género de los bodegones tradicionales —que también practica— ha variado la presentación hacia un original bodegón decorativo en donde los productos de la tierra se humanizan al hacerse presentes el humor y el disfraz.

Su amor por todas aquellas manifestaciones de auténtica cultura popular ha llevado a Pedro Olmos a expresarse en campos técnicamente diferentes, aun cuando en todos ellos esté presente el anhelo de una representación plástica muy profesional y profunda. No sólo conocemos al pintor por sus pinturas y sus dibujos; también es meritorio e indispensable recordar su maestría en el campo del grabado y en su oficio de pintor muralista, con especialidad en el fresco clásico. En este último aspecto —la muralística—, se debe mencionar que el pintor estuvo presente en los trabajos de restauración y conservación de las pinturas del techo de la bella iglesia madrileña de San Antonio de la Florida, que pintara en sólo ciento veinte días en 1798 ese genio del arte español que fue Francisco de Goya y Lucientes, las que constituyen uno de los momentos cumbres del gran pintor aragonés.

Pedro Olmos, en su polifacética vida de artista serio e inquieto, incursionó durante su permanencia en España —a mediados de la década del cuarenta— en el campo de la investigación de las técnicas pictóricas de los grandes maestros, lo que le condujo al estudio de la técnica de restauración de obras de arte en cursos dictados en la Real Academia de Bellas Artes de

San Fernando, en Madrid. Después de una larga permanencia muy activa en Argentina, donde trabajó como ilustrador de libros y revistas y en grabado y pintura, volvió a nuestro país radicándose en Linares, atractivo centro urbano del Valle Central, donde organiza el Museo de Arte y Artesanía y pinta para la Municipalidad linarensen un mural de seis metros de ancho por tres de alto.

Su libro sobre Gauguin publicado en Buenos Aires fue calificado como uno de los mejores que se han escrito en castellano acerca del "exótico y torturado poeta del color".

Sus obras, ampliamente conocidas en nuestro medio, han traspasado desde hace muchos años las fronteras nacionales. Cuadros suyos se encuentran en colecciones de Europa y América; en la Unesco, en París y en el Vaticano, en Roma. A menudo se recuerda que el maestro Henry Matisse seleccionó su *Danza del Toro* para la tapa de un catálogo.

La Pinacoteca de la Casa del Arte de la Universidad de Concepción, gracias a la generosidad de este artista, ha enriquecido su ya valioso patrimonio con el notable cuadro que pasa a ocupar un espacio de honor en nuestras colecciones.